

## CONVENCIONES.

**Introducción.** Nuestra vida está llena de convenciones, de costumbres adquiridas por parte de nuestro entorno cultural, familiar, social, que nos las han ido enseñando desde pequeños. Y si no estamos atentos, si no ejercemos una permanente actitud de revisión y de examen, acabamos teniendo una vida tremendamente convencional y previsible. Una de nuestras convenciones, que nos parece totalmente asumida es que tenemos que mirar por nuestros intereses. Nosotros somos lo primero, nosotros, y en el mejor de los casos, nuestro entorno más cercano. Es para nosotros normal que podamos hacer triquiñuelas, pequeñas trampas que nos hagan ahorrar un dinero, o colarnos sin pagar en cualquier evento. Todavía recuerdo cuando pesando una bolsa de chuches en la balanza del supermercado la sosteníamos un poco desde arriba de la bolsa para que nos costara menos. ¿Cuándo menos? Dos o tres céntimos. Pero salíamos convencidos de haber engañado al sistema. Qué listos que no nos han pillado.

Pero esa aparente «conveniencia» a la larga nos provoca una forma deshonesto y mentirosa de manejarnos. Y así cuantas convenciones que nos van eliminando la inocencia, la transparencia y los motivos que damos para tener credibilidad. Hace poco salía en las noticias como una familia que celebraba un bautizo con casi cien invitados se había ido sin pagar una cuenta que ascendía más de dos mil euros de un restaurante. Y nos parece gracioso, pero al pobre dueño de restaurante seguro que no. Un país de personas que viven del pillaje, del timo, de la mentira, es imposible que pueda provocar orgullo y afectación.

**Lo que Dios nos dice. “No juzguéis y no seréis juzgados. Como juzguéis os juzgarán. La medida que uséis para medir la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga del tuyo? ¿Cómo te atreves a decir a tu hermano: Déjame sacarte la mota del ojo, mientras llevas una viga en el tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás distinguir para sacar la mota del ojo de tu hermano. No echéis lo santo a los perros, no echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen y después se revuelvan para destrozarnos. Pedid y os darán, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán, pues quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide pescado, le da una culebra? Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más dará vuestro Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan! Tratad a los demás como queréis que os traten a vosotros. En esto consiste la ley y los profetas.” Mt 7,1-12.**

El «hipócrita» que nos grita Jesús tiene mucha fuerza. Porque en muchos momentos nos sentimos con la superioridad moral de quien mira por encima del hombro a los demás. Yo voy a misa, no robo, no mato, me formo cristianamente, y con eso me conformo. Y nos perdemos lo que de verdad nos conviene. Que es construir nuestra vida en un pilar mucho más sólido que el de la apariencia. Hay una invitación a buscar el ser, desde lo profundo, donde la alegría no se base y si me han pillado, o no. En si soy valorado, aplaudido, o en si se me ven mis flaquezas, y mis incoherencias. No hagamos las cosas para ser vistos por la gente, ni el ayuno, ni la oración, ni la limosna. Si lo vivimos todo delante de un público, de ese público recibo la recompensa. En cambio si aprendo a decir la verdad, por la alegría de no querer engañar a nadie, esa alegría va llenando toda nuestra vida de “Espíritu y verdad”. Qué la gente que nos quiera nos ame por quienes somos de verdad, no con la imagen retocada que nosotros deseamos ofrecerles.

**“Guardaos de hacer las obras buenas en público solamente para que los vean; de lo contrario no os recompensará vuestro Padre del cielo. Cuando des limosna no hagas tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”. Mt 6, 1-3.**

Cuando nos ponemos delante de Dios tenemos que despojarnos de nuestros logros, triunfos, méritos, y trofeos. “Señor: tú lo sabes todo”, como Pedro después de las negaciones. Sin nada que defender, sin nada que justificar. Y experimentar una mirada limpia, cristalina, como nadie más sabe mirar, que me reconstruye, que me recrea, que me hace nuevo. Como Jesús miró a la mujer sorprendida en adulterio. Esa mirada que no juzga, que no señala, que no critica, y que no desprecia. Es la mirada que no se queda en las apariencias, sino que conoce lo profundo de cada uno de nuestros corazones. Porque Él los modelo, y comprende todas sus acciones.

**” Por algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, les contó esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, el otro recaudador. El fariseo, de pie, oraba así en voz baja: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, ladrones, injustos, adúlteros, o como ese recaudador. Ayuno dos veces por semana y pago diezmos de cuanto poseo. El recaudador, de pie y a distancia, ni siquiera alzaba los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios, ten piedad de este pecador. Os digo que éste volvió a casa absuelto y el otro no. Porque quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado.” Lc 18,9-14.**

**Cómo podemos vivirlo.** ¡Qué maravilla!, es poder compartir nuestra vida de fe con una comunidad que nos conoce y que nos acepta cómo somos. Que no se avergüenza de nuestras caídas, de nuestros retrocesos, de nuestras incoherencias. Hay una invitación a construir unas nuevas relaciones, que no se basan en deslumbrar con nuestros éxitos, en mostrar un amor exhibicionista, que busca admiradores en vez de hermanos. Que suerte poder recorrer caminos que nos alejan de la hipocresía, de la falsedad, de la apariencia, y nos permite caminar con confianza al lado de nuestros hermanos.